




INSTITUTO ARGENTINO PARA EL
DESARROLLO ECONOMICO



realidad
económica

DÉJÀ VU DE LA CRISIS ARGENTINA: ATRAPADOS EN EL DIA DE LA MARMOTA

José Ramón García Menéndez *

Especial para sitio IADE-Realidad Económica

19-12-2019

"El déjà vu de la economía argentina no es una enfermedad social específica sino una manifestación sistémica del orden socioeconómico desigual y vulnerable del capitalismo periférico en la economía global".

* *Profesor Titular de Economía Política (Universidad de Santiago de Compostela) - joseramon.garcia@usc.es*

A Juan Carlos Amigo, dignidad y compromiso. In memoriam.

El presente texto surgió de una larga conversación que mantuve con Juan Carlos Amigo, en la Universidad de Santiago de Compostela en 1996 y concluyó con un encuentro con Betriz Sarlo en la misma universidad, veinte años después. Un avance se presentó en el curso "Crítica literaria e análise da cultura", en el marco del Máster de Estudos Literarios e da Cultura, (USC, 2018).

I

"... estoy convencido que la memoria nos engaña en el anhelo por sobrevivir a la adversidad" (*Déjà vu*, junio 1917)

Cuando el investigador francés Émile Boirac, a inicios del siglo XX, publica *L'Avenir des sciences psychiques*, no podía imaginar que algunos diagnósticos y terapias de nuevos fenómenos psíquicos descritos en la obra alcanzaran una dimensión no prevista por quien fuera, además, rector de la Université de Dijon. Podemos suponer que la comunidad universitaria fue un excelente laboratorio clínico para el estudio de numerosos trastornos mentales pero Boirac no podía anticipar -ni en el más disparatado pronóstico- que sucesos médicos novedosos durante la Comuna de París o la I Guerra Mundial se reprodujeran a principios del siglo XXI.

Es el caso del *déjà vu* (*ya visto, ya vivido*, literalmente), una paramnesia del conocimiento por el que una persona siente que una determinada realidad ya ha sido observada o experimentada con anterioridad, en la que el fenómeno parece ser más una anticipación del futuro que una mera anomalía ilusoria. Hasta que la máquina del tiempo de H. G. Wells se invente, la flecha temporal es unidireccional por lo que el *déjà vu* es un espejismo: permite viajar hacia atrás por una senda que no existe. No se trata de una alucinación sino, simplemente, quien sufre el *déjà vu* (individual o colectivamente) padece la condena de un *daimon* grotesco por el que Sísifo sufre, indefinidamente, un cruel castigo como si fuera un convicto reincidente.

La experiencia del *déjà vu* se presenta con una sensación de desconcertante familiaridad. Percibir como real lo que es un reflejo de lo visto o vivido en el pasado acrecienta la inquietud. Por la fraternal y directa relación con amigos y colegas argentinos, de una indiscutible solvencia intelectual, con formación consolidada e independencia de criterio, se constata (con asombro y frustración) que el espíritu reflexivo argentino (casi siempre lúcido, a veces irónico, a veces vanidoso...) se repliega por momentos, atrapado en la red de la memoria trastornada y al borde de los precipicios, sistémicos y recurrentes, de la crisis económica en Argentina.

En efecto, ante una estructura económica del peso relativo regional y la potencialidad de este orden no cabe, para los analistas rigurosos, más que el desconcierto y, para los ciudadanos(as) de las proletarizadas clases media y trabajadora, el duro padecimiento social que el *déjà vu* interioriza en la población como algo inevitable en los ciclos de actividad económica argentina. Esta peculiar paramnesia social presenta, como en su dimensión individual, un denso listado de trastornos: nerviosismo, ansiedad, rasgos esquizoides e, incluso, sacudidas epilépticas. Pero no es, en absoluto, una "enfermedad argentina" siguiendo aquellas similitudes de la teoría económica ortodoxa cuando caracteriza la "enfermedad holandesa" (parálisis por exceso de ingresos de divisas con contracción interna de la producción y el empleo), la "enfermedad norteamericana" (mal de altura por la revaluación del dólar y esclerosis político-institucional), la "enfermedad brasileña" (petro-bronquitis, fiebre inflacionaria y metástasis de la corrupción), la "enfermedad europea" (superposición de desórdenes económicos nacionales y descoordinación de movimientos de ajuste político-económico), la "enfermedad china" (compulsión constructivista y síndrome laboral por agotamiento de la fuerza de trabajo sobre-explotada), la "enfermedad chilena" (anemia de divisas por la fuerte dependencia del crecimiento, casi tóxica, con la caída de los precios internacionales del cobre y otras materias primas)...

El *déjà vu* de la economía argentina no es una enfermedad social específica sino una manifestación sistémica del orden socioeconómico desigual y vulnerable del capitalismo periférico en la economía global. Entiéndase bien: una "manifestación crítica" del sistema económico dominante y no una "anomalía esporádica" ni una "fatalidad nacional". Porque la sensación de haber vivido, como una pesadilla irreal, las mismas contracciones de la crisis económica cada cierto período de tiempo constituye una visión ilusoria y resignada cuando, en rigor, responden al ADN del capitalismo. ADN entendido como manual de instrucciones genéticas sobre el desarrollo y funcionamiento del sistema.

El *déjà vu* es una refracción engañosa de la realidad porque la percepción colectiva de las crisis sistémicas recurrentes acepta con resignación (excepto algunas resistencias) la terapia recomendada, también recurrente, que consiste en fuertes dosis de farmacopea (píldoras de ajuste) y, en caso necesario, de shock (estimulación fondomonetarista). Ambos tratamientos combinados (incluso, si fuera preciso, acciones quirúrgicas lobotómicas para privatizar y reducir drásticamente el sector público productivo y redistributivo) pertenecen al recetario y acervo neoliberal pero conducen al enfermo, tras duras convalecencias, hacia la superación transitoria de la crisis hasta la siguiente recesión del proceso de acumulación, en la que el cuerpo social está cada vez más debilitado y con un anémico sistema inmunitario. En este sentido, la investigadora Anne Cleary afirma que las paramnesias representan malas jugadas de la memoria no tanto para distorsionar el pasado sino para defenderse del futuro, en fin, para sobrevivir en el próximo precipicio. No obstante, como nos ilustra el caso argentino, los *déjà vu* del capitalismo contemporáneo no generan, a largo plazo, los efectos positivos que tiene como fenómeno síquico: el aumento de la *precognición* del bienestar futuro; de la *telepatía* en el cuerpo social y la *clarividencia* política por el cambio.

Los libros sobre sicología de E. Boirac están catalogados en las bibliotecas en las secciones médicas y en las de esoterismo. Tradujo al esperanto, también, varias obras filosóficas cruciales en la historia del pensamiento como la *Monodología* de G. Leibnitz, un curioso tratados sobre los "mónadas", átomos metafísicos (!). En los primeros años del siglo XX viajó a Argentina, un país entonces en un período emergente con una economía expansiva como corresponde a su papel de intendencia de los países sumidos en la I Guerra Mundial. En *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, Vicente Blasco Ibáñez retrató magistralmente esta época en Argentina y las vicisitudes de la saga del estanciero Julio Madariaga en sus conflictivas líneas familiares: Desnoyers y Hartrott. Poco antes de su fallecimiento, Boirac leyó la larga y densa novela, lo que contribuyó a entender algunas de las contradicciones que le sorprendían de la sociedad argentina. A su llegada a Buenos Aires, Boirac se incorporó rápidamente a la Sociedad Magnetológica Argentina, fundada por Ovidio Rebaudi. A su regreso en Paris o Dijon, Boirac contaba a sus colegas y amistades el impacto que le producía la vitalidad de una ciudad que crecía y se modernizaba, día a día, como comprueba en sus paseos con Rebaudi a lo largo de la avenida Córdoba, desde la sede de la sociedad espiritista hasta el Palacio de Aguas Corrientes, pasando por las obras iniciales en la construcción de la Sinagoga. Admiraba a Rebaudi, de origen paraguayo, por conciliar sus creencias esotéricas con la vocación científica, especialmente en la divulgación de plantas medicinales ("esos yuyos milagrosos que se pueden mezclar en el mate...", decía), conocimiento adquirido de los guaraníes: la goma de palma negra (laxante y depurador) o el Kaá Jeé (endulzante, conocido como 'estevia'). Nos gustaría creer que Boirac perfiló la formulación clínica del fenómeno *déjà vu* en sus largos paseos bonaerenses hasta el Palacio de Aguas, acompañando a don Ovidio, siempre preocupado por la contaminación del agua potable de la ciudad ante la presencia de altas dosis de ácido nitroso.

No se nos escapa que la crisis económica en Argentina es el resultado de un largo y

complejo proceso histórico y que no se puede explicar exclusivamente por motivaciones psicológicas. Éstas, en cambio, nos permiten provocar literariamente la reflexión crítica. Estamos, claro está, ante una "afinidad electiva" en los términos planteados en otro texto anterior ("Afinidades electivas entre Economía y Literatura: a propósito de un relato de Garcías Márquez", *Realidad Económica*, n° 300, 15 mayo-30 junio 2016, pp. 142-168). La dimensión psicológica, en este caso, colabora (pero no determina) al esclarecimiento de los ciclos que guían la economía nacional, desde el "milagro menemista" de la década de los 90 del siglo pasado al *crack* de 2001 y ahora, después de múltiples vicisitudes, a una nueva recesión equiparable a la hecatombe del "corralito". No deseamos incurrir en el tópico "*ethos* argentino" para abordar asuntos de economía política crítica. Sin embargo, apelamos a la benevolencia científica y al ponderado criterio del (la) lector(a) de estas páginas para que no asuma el rol censor del centinela ante el diván ("...el acto fallido es el primero que falla", escribía Lacan) y, en cambio, sí desempeñar el papel cómplice e indulgente de quienes, aquí y allá, nos adentramos en la espuma del oleaje (que salpican los titulares periodísticos) para, primero, analizar las fuerzas motrices que impulsan las impetuosas corrientes del sistema capitalista y, segundo, comprender y extraer las lecciones de la dinámica histórica en cuestión.

II

"Algo está por pasar...." (*Déjà senti*, diciembre 2001)

En palabras del economista J. K. Galbraith, se puede saborear al máximo la muy variada imbecilidad del comportamiento humano durante el pánico de una crisis financiera. No hay nada como una estampida financiera para conocer la analítica completa de una sociedad aparentemente vertebrada que goza de buena salud política, económica, institucional. En efecto, cuando revienta la burbuja de falsa prosperidad se expande un aire enrarecido de alarmismo interesado de las élites dominantes que pretenden ahogar a las clases trabajadoras en la resignada angustia de los que están predestinados a ser perdedores. Muy lejos quedan, en cambio, las paranoias de capitalistas arruinados que se arrojan desde los rascacielos o prueban el frío del cañón de una 38, como sucedió en 1929. Al mismo tiempo, advierte Galbraith, lo único que pierden los poderosos es, al fin y al cabo, es el papel y la tinta que viste al 'dinero'. Si bien es cierto que existe un empresariado innovador y, en muchos casos, autónomos autoexplotados sometidos a la fiscalidad confiscatoria y la competencia desleal de grandes corporaciones, existen capitalistas no predispuestos al suicidio precipitado y acumulan activos en liquidación a bajo precio: "buitres" que serán los mariscales de la industria y las finanzas en el siguiente ciclo de acumulación. Uno de ellos, Donald Trump -fugitivo escapado de *La hoguera de las vanidades* de Tom Wolfe- hizo caja, en su momento, con los bonos basura que financiaron su imperio inmobiliario. Con el 'cerebro superdotado' conocido y una 'refinada formación' en gestión pública, Trump ha llegado muy lejos, como sabemos, adornado además por una profunda sensibilidad social.

Sin duda, no compartieron el irónico juicio de Galbraith la mayoría de argentinos sumidos en la tragedia económica detonada en el último cambio de siglo, pues aún se aprecian sus

duros coletazos en las ya proletarizadas (cuando no excluidas) clases medias argentinas, orgullo del corporativismo desarrollista durante décadas. Tragedia entendida como peculiar combinación de drama y representación, de texto económico y espectáculo mediático, con elenco singular de agentes y clases sociales que se enfrentan en el seno de contradicciones entre la esencia y la apariencia de cualquier fenómeno político-económico. En los últimos años, especialmente a partir de las consecuencias recesivas de las distintas versiones del ajuste desde el Plan Austral, se inició una peculiar saga en las tiras cómicas de los diarios bonaerenses que podríamos denominar "radiografía del estómago popular". En la comedia de papel, somos testigos del diálogo de patio de dos vecinas de San Telmo: "Es que la situación económica, doña, ha modificado nuestra práctica religiosa: nosotros, años atrás, siempre rezábamos en familia antes de comer", dice una de ellas. "¿Y han dejado de rezar?". "No -responde resignada- hemos dejado de comer". ¡Qué lejos queda el arcaísmo del paisano Patoruzú (Dante Quinterno) o el idealismo de Mafalda (Quino) ante la épica de los piqueteros (trabajadores en paro acompañados de sus hijos, muchos con grados universitarios), los jubilados cartoneros (con fondos de pensiones quebrados en bancos del corralito)...! El olor del asado de tira saliendo de una obra, saeteado en cuatro alambres y con la brasa de unas tablas sobrantes y unas Quilmes heladas constituyó un signo de identidad de los barrios populares durante décadas. Desde el corralito, la venta de la parrilla a la ferralla por falta de uso, representaba el termómetro de la miseria económica de un país acorralado por los tópicos, muchos de ellos cultivados y difundidos con soberbia por la gran burguesía criolla argentina que ha salido absuelta de su cómplice colaboración en los años de plomo.

El sabor agridulce de la normalización democrática fue aún más intenso si convenimos que el país ofrece una estructura económica que cuenta con todos los recursos imaginables, incluidos el de capital humano, pero que soporta el corsé de la desigualdad que no permite liberar plenamente el excedente económico al servicio del desarrollo. La fuerte presión de necesidades básicas no cubiertas se relaja, en parte, en asaltos a comercios y reclamos de "piqueteros" ante la hostil legislación del 'corralito' financiero y las consecuencias normativas y financieras posteriores. Un corral que no sólo mantiene cautivo al dinero sino, más bien, a las aspiraciones de una sociedad que pasa del pozo de la dictadura al túnel de la democracia sin ver la luz de la esperanza. Porque, en definitiva, el 'corralito' esterilizador no sólo castigó el esfuerzo del modesto ahorrador o del empresario mediano sino que, además, premió con la impune tranquilidad a los corruptos que pastorearon los capitales especulativos y las mordidas institucionales hacia paraísos fiscales. Sin embargo, lo más sorprendente es que este itinerario crítico no es accidental, extraordinario, sino que es la propia dinámica de la acumulación del capital en un país periférico con una autonomía relativa respecto a la economía mundial globalizada.

"La cuesta abajo nacional empezó, a mi pesar, en marzo de 1976 y nos abocó al abismo de la guerra... Lo más triste es que el heroico sacrificio de nuestros muchachos tardará muchos, muchos años, en florecer porque ahora las lágrimas de las madres se enjuagan con el pañuelo del olvido y de la pobreza. Será la economía la que nos presente batalla y, sin querer ser derrotista, las perderemos todas... porque la nación sigue cuesta abajo sin punto de retorno..." A finales de 1987, el viajero pudo asistir en el sótano abovedado del café Tortoni a uno de los últimos recitales de Carlos Acuña dedicado a las madres de los soldados argentinos caídos en la guerra de las Malvinas, un lustro atrás. Las emocionantes palabras de Acuña en la presentación de "Silencio" prendieron en un público entregado. El viajero, debe reconocerlo, sentía una especial cautela ante la significación del cantante en un acto de ese calibre conmemorativo. En Madrid, fue gran amigo de Pilar Franco -hermana del dictador- y actuaba con frecuencia en el Pardo en fiestas privadas para la familia Franco y amistades. Su devoción por Perón, le llevó a ser asiduo visitante de la

mansión de Puerta de Hierro donde López Rega le facilitaba el acceso, restringido para muchos argentinos, al general y a Isabelita. Su simpatía por el golpe militar tras la etapa oscurantista y criminal del valido López Rega y de la Triple A, fue patente. Por eso, aparte del pellizco en el corazón partido de las madres de las Malvinas, el viajero no pudo olvidar durante años las premonitorias palabras de Acuña.

En efecto, la profunda y cíclica crisis política, económica y social de Argentina no tiene, a partir del 2000, punto de retorno en ese operativo económico estéril, de frustración colectiva y de derrota democrática que se denominó "corralito" y que el ministro Cavallo ofreció al presidente De la Rúa como un alfajor envenenado envuelto en un celofán que brilla bajo la marca "legitimidad de origen, che, pero garrote de ejercicio". Domingo Cavallo aún recordaba las mieles del triunfo en la época de las subastas menemistas de empresas públicas. Una etapa en la que el gobierno argentino era bienvenido en el casino del capital transnacional en cuyo tapete de juego se apostaron (y se perdieron) sectores estratégicos del desarrollo nacional (energía, telecomunicaciones, transportes...) Mientras las ciudades se sitian por piqueteros desesperados, las caceroladas representan, expresan y vertebran la protesta en una sociedad al borde del paroxismo. Tiempo atrás, en un reportaje televisado, el viajero pudo contemplar atónito cómo una señora de edad que había sido golpeada por la policía antidisturbios en el bloqueo de la autopista de Buenos Aires a Avellaneda, se dirige a las cámaras y tomando con fuerza el micrófono exclama: "Señor presidente de los argentinos..., haga algo porque nos estamos matando pobres contra pobres..."

Al mismo tiempo, en su despacho oficial y en vísperas de su dimisión oficial, Domingo Cavallo sufrió un ataque de melancolía. Le asaltaron los recuerdos como ministro del último caudillo peronista (más pendiente del botox y los trasplantes capilares que de su caballo). Qué tiempo, amigo mío, cuando recibías llamadas personales de Michel Camdessus, zar del Fondo Monetario Internacional, agradeciendo tu "lucidez" neoliberal. Después, en una regresión sentimental a la juventud, volvió a las aulas de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional de Córdoba, a mediados de los años 60 del siglo pasado, y a las revueltas en solidaridad con estudiantes y profesores de la UBA represaliados por el gobierno militar de Onganía en la conocida "noche de los bastones largos" del 29 de julio de 1966. La *razzia* académica reprimió y envió al éxodo hasta casi 1.500 (¡una auténtica generación científica perdida para el desarrollo del país!) eminentes investigadores y docentes acusados de pertenecer a "la cueva universitaria de marxistas y disidentes" cuando, en realidad, habían protestado por el derrocamiento de Illía o denunciado la supresión de la autonomía universitaria por parte del gobierno golpista. "¡Lo recuerdo como si fuera ayer mismo!", pensó el dimisionario ministro de Economía. En realidad, "ayer" era mediados de diciembre de 2001 y no los avatares sucedidos 35 años antes.

Ese mismo día, Cavallo se levantó muy temprano y estuvo recogiendo algunos papeles y efectos personales de su gabinete ministerial. Cansado, casi sin dormir por el escrache organizado ante su domicilio durante toda una noche de pitos y cacerolas Colocando documentos pendientes se detuvo en una carpeta azul con un rótulo "Borrador-Ingreso a la Cámara", un informe distribuido entre los 72 nuevos senadores que habían tomado posesión del escaño en la semana anterior. Eran 150 folios preparados por los servicios administrativos del Senado. Constituía un borrador de trabajo filtrado y Cavallo no sabe exactamente cómo llegó a su mesa. ¿Se lo pasó un colaborador del ministerio? ¿Fue el economista Juan Carlos de Pablo en algún encuentro anterior preparando el libro de entrevistas, *Pasión por crear?*

Se sentó en el sillón, pidió café muy cargado y, por curiosidad, abrió la carpeta. En el documento se estimaba el importe de dinero público que cada senador ingresaría por

gastos de dietas, oficina y representación a lo largo de la legislatura. Después de un pormenorizado informe sobre las funciones y remuneraciones básicas fijadas por ley, se describen los importes que recibirán por los denominados gastos complementarios de compensación: dietas (6.500 pesos); gastos por combustible y mantenimiento de vehículos oficiales asignados (1.200); pasajes aéreos (10.600); suplemento por cupo de pasajes (3.000)... Además, podrían contar con una dotación máxima de 11 empleados para oficina y asesoría de comisiones; y una disposición gratuita de 12 tramos aéreos personales e intransferibles así como 8 tramos aéreos impersonales para viajar al mes. En suma, 21.300 pesos aparte de otros beneficios de apoyo y transporte. Es decir, oficialmente equivalentes a 21.300 dólares. ¿Al año? No, al mes. En un país cuyo salario mínimo llevaba inamovible, desde 1992, en 200 pesos. Un senador cobraría al mes, exclusivamente por gastos de dietas y representación, cien veces el salario mínimo. Aparte, las retribuciones básicas "...y sin sumar cohechos ni sobornos...", sonrió irónicamente.

En ese preciso momento la sonrisa se transformó en una mueva grotesca cuando él, Domingo Cavallo, creyó ver su futuro. Si bien era ya el dimisionario ministro de Economía en un país quebrado en el que se decretó, en ese mismo año 2001 el estado de sitio para detener el maremoto social que estuvo a punto de engullir el sistema, como en los peores tiempos de la dictadura, y se convirtió por momentos en un clarividente futurólogo. No se trataba de una crisis económica más sino la punta del iceberg que iba a hundir a Argentina, uno de los espectaculares *Titanic* de la economía latinoamericana, y no quería estar a bordo cuando sucediera. Pero se equivocó pues en los años siguientes, sorteando la entrada en la cárcel como un consumado "leguleyo gambitero" se vería incurso en procesos judiciales que formarían un expediente digno para un seminario de ética en las escuelas nacionales de administración pública: sustracción de fondos públicos; venta fraudulenta de activos públicos; contrabando agravado y tráfico de armas; blanqueo de capitales; incompatibilidad y fraude en la negociación del Megacanje; malversación de gastos reservados y pago ilegal de sobresueldos; venta fraudulenta de espacios públicos...

En estos pensamientos fatalistas estaba Cavallo cuando se trasladó a la Casa Rosada para despachar, por última vez, con el presidente De la Rúa. En los pasillos saludó al expresidente Menem, jefe del justicialismo, que estaba en la casa presidencial para rogar a De la Rúa que aguantara firme en el timón de la República. Carlos Menem recorrió los conocidos pasillos de la casa presidencial, engominado y sonriente, con una actitud desafiante ante antiguos amigos y colaboradores. Durante seis meses renegaron de su amistad y cercanía política. Justamente, el mes anterior aún estaba en arresto domiciliario acusado de ser la cabeza de una organización criminal que vendió ilegalmente armamento, durante la anterior etapa presidencial, a Croacia y a Ecuador, países que sufrían un embargo internacional de armas emitido por la ONU. Pero su euforia, a pesar de los dramáticos momentos, era percibir en los viejos e hipócritas dinosaurios que controlaban la "fontanería" y la "intendencia" de la Casa Rosada desde la dictadura, presidente tras presidente, una mirada de lasciva envidia. No podían tragar que el viejo caudillo se colgara de la percha de la presentadora y artista chilena Cecilia Bolocco. La Bolocco -que pocos meses antes apareció, en una revista del *cuore*, desnuda y rodeada por la bandera argentina y una estola al estilo *Evita*- consiguió algo inaudito en el país: poner de acuerdo, en la indignación, a justicialistas y radicales. Pero, a estas alturas de 2001 ya todos sabían que la chilena de 36 calentaba el colchón del ex-presidente de 71 años.

Cuando Menem se aleja de la Casa Rosada para enfilear la Avenida de Mayo, en un auto oficial con cristales tintados, observa cómo se va encendiendo la plaza con las consignas

de la enésima huelga general y la consiguiente cacerolada nocturna. El conductor del auto, un coronel en la reserva, se fija cómo los carritos vacíos de los supermercados reventados por los huelguistas eran rodeados por los caballos de la policía antidisturbios. Los efectivos estaban diezmados pues la cuadra caballar de la policía en Lavalle fue saqueada durante la crisis, desapareciendo los mejores hannoverianos revendidos en el mercado negro de la carne.

Al despedirse de Menem, De la Rúa ya tenía decidido qué iba a hacer con "el timón del Estado": abandonarlo a la suerte del mejor postor. Ordena a su edecán que estuviera a punto el helicóptero presidencial que lo rescatará, por última vez, de la Casa Rosada asediada por los propios argentinos que gritan al unísono en la Plaza Mayo: "¡Que se vayan todos!... ¡Que se vayan todos!..." Algún gracioso, en la propia concentración, replicó: "¡Pero que se quede Shakira!..." Y pone un reproductor a todo volumen con la canción "¿Dónde están los ladrones?" que corea toda la plaza modificando la letra original de Luis Fernando Ochoa y la propia Shakira: "Hay ladrones de uniforme y otros de cuello blanco. Hay quienes roban a los pobres y hasta hay bancos que roban bancos".

En esta tragedia, a pesar de los años transcurridos, qué cerca está el amargo legado económico de la dictadura militar que entregó el país de la "plata dulce" a los acreedores transnacionales. Un legado histórico en el que "Dios era argentino" y el especulador "un divino operador financiero porteño". Un legado, en fin, adormecido con la misma marcha militar de los vuelos nocturnos sobre las aguas turbulentas del Río de la Plata que acompañó, primero, la especulación del mercado del arte con sonadas adquisiciones de Pueyrredón, Berni o Victorica, y, después, la complicidad del dólar barato que subvencionó el paseo turístico y la importación de chucherías domésticas en las abultadas panzas de las criaturas de Aerolíneas Argentinas.

En las bambalinas de la representación del penúltimo acto de la tragedia argentina, qué cerca está también (a pesar de las décadas transcurridas) la labor "educativa" de la información político-económica del gobierno militar de 1976. La lectura compulsiva de 'Ámbito Financiero' se convirtió en el aula económica popular del monetarismo neoliberal. El diario alentó una modalidad de información económica apegada a la 'volatilidad' del lenguaje en el que sutilmente 'lo urgente' (la libertad económica) acaba desplazando a 'lo importante' (la democracia económica). El diario fundado por Julio Ramos, en plena dictadura militar, colaboró en la formación de opinión hasta el punto que un argentino mínimamente informado dominaba la cotización del dólar, los tipos de interés de intermediarios financieros, se hacía eco de la tasa de inflación esperada o argumentaba apasionadamente en las tertulias callejeras de Corrientes o Florida sobre la política económica de Martínez de Hoz. Preocupados por los valores de la "tablita" de divisas, urdían una conspiración de silencio cómplice ante la barbarie del gobierno militar. Al mismo tiempo, mientras se discutía en la calle sobre la inflación reptante o el FMI, se adormece la resistencia y remiten las náuseas ante la represión y las desapariciones de los denominados "enemigos de la *national boulding*", como calificaban los geoestrategas militares del Cono Sur.

El final de la representación se precipita: de la "patria financiera" de la dictadura militar a la "diosa crisis" que comienza no sólo a dar respeto sino, más bien, temor ante su afán de destapar las fosas sépticas de la compleja economía argentina (dónde están los capitales fugados, quién se ha beneficiado de la deuda externa, cómo se ha desarrollado el proceso de privatización, dónde están otra vez los capitales fugados, hasta cuando se someterá la economía productiva a la depredación china...). Y todo sucede con sigilo como si el silencio pudiera descodificar, a veces, el complejo de culpa colectiva y, otras veces, representara al malvado Duke Mantee en *El bosque petrificado*, personaje y parodia al mismo tiempo que, como el hierático Humphrey Bogart cuando en un plano

largo se asoma al exterior y anuncia: "nada se mueve ahí afuera, todo es frío y silencio... algo está por pasar".

III

"...la muerte rápida es innmerecido castigo para el impío" (*Déjà visité*, abril 2002)

Querido/a lector/a: agárrese a la silla porque ahora vamos a dictar una breve disertación sobre institucionalidad política en América Latina que será muy desconcertante. Esta exposición (tan didáctica como ingenua) está dedicada a los críticos culturales de las universidades españolas que, teniendo tan a mano la experiencia colonial americana, prefieren los estudios culturales sobre la dialéctica histórica metrópoli-colonias provenientes de India. Los académicos sufren el "síndrome inverso de Colón": mientras el navegante, deseando llegar a las Indias, se encontró con otro continente, nuestros intelectuales orgánicos quizás descubran América pero pasando por los "lanceros bengalíes" poscoloniales que se han disfrazado de guardianes de los arcanos orientalistas, emergentes y subalternos. En la academia española se reproducen continua y clónicamente las referencias de Said, Baba, Ahmad... pero son muy infrecuentes las citas de Rodó, Arciniegas, Mariátegui, Ardao o García Canclini, por ejemplo.

La inestabilidad política de las jóvenes repúblicas americanas se confirma, en parte, por la forzada y acelerada rotación presidencial. Es ya un tópico presentar los casos de Bolivia y Guatemala para contrastar la evidente volatilidad política cuajada, con frecuencia, de abruptas interrupciones militares y rupturas de institucionalidad por parte de juntas militares. En Bolivia, desde la independencia nacional en 1825 hasta la actualidad, se sucedieron 88 presidentes y 10 juntas militares, aparte de varios interinajes. Las juntas militares estuvieron integradas entre 3 a 6 miembros, con carácter de co-presidenciables. Aproximadamente, la media de cada presidencia en la historia boliviana es de 18 meses. Guatemala, desde la independencia nacional de 1848 a la actualidad, ha contado con 57 presidencias, 8 juntas militares con 24 integrantes, aparte de diversos interinajes presidenciales. La media de duración de cada presidencia fue de 25 meses. Incluso en sólo dos meses (de 28 de junio a 1 de setiembre de 1954), Guatemala tuvo una secuencia de 5 juntas militares diferentes.

Un hipotético interlocutor podrá aducir que Bolivia y Guatemala constituyen, en este aspecto, anomalías históricas debido a repúblicas en conformación que pasaron de la época colonial al capitalismo contemporáneo con una serie de lacras correspondientes a la inexistencia de una revolución burguesa-criolla. Se podría aceptar, con cautela, esta observación pero el caso argentino nos remite otra vez al paradigma de la perplejidad. Argentina, el estado-nación latinoamericano dotado de una vertebración política, territorial, social... correspondiente a un grado estimable de desarrollo económico y cultural, en solamente 4 años del último tránsito intersecular (1999-2003), la ciudadanía contó con 5 presidentes (C. S. Menem, F. De la Rúa, A. Rodríguez Saá, E. Duhalde y N. Kirchner), además de dos presidentes interinos del poder ejecutivo nacional amparados en la denominada Ley de Acefalia (R. Puerta y E. Caamaño). La media temporal de cada

etapa presidencial mencionada es muy inferior a los períodos calculados para los casos boliviano y guatemalteco. Pero no sólo es la constatación de que Argentina padece de similares 'enfermedades' estructurales que el resto de América poscolonial sino que lo que más pudiera desconcertarnos es, además, que suceden hechos que equiparan el drama argentino con el resto de América (a pesar de los diferentes grados de desarrollo) y cobran, incluso, tintes de tragicomedia en un especial *déjà vu*.

En efecto, sucedió hace pocos años, durante el primer ministerio de Roberto Lavagna, que fue posteriormente candidato presidencial. Les ruego que hagan una composición mental del tiempo y de los lugares de referencia. Con el agridulce sabor de la derrota de la selección argentina de fútbol en la Copa del Mundo Corea-Japón de 2002, el ministro de Economía argentino viaja a Washington en una mágica travesía hemisférica a lo largo de la noche de San Juan. Sin confirmar su agenda de trabajo, Lavagna prevé reunirse con el secretario del Tesoro estadounidense, Paul O'Neill, y la segunda autoridad de la nomenclatura del Fondo Monetario Internacional, Anne Krueger. Mientras se instala en su asiento de *first-first class* rememora otro viaje anterior de un colega mexicano que, en agosto de 1982, voló hacia Washington para anunciar la moratoria indefinida unilateral de México ante los compromisos financieros contraídos. Recuerdo ahora un excelente documental, *La toma*, cuya guionista -Noemí Klein- reflejó la crisis del "corralito" y el cierre concatenado de empresas. Algunas de estas empresas fueron tomadas por sus trabajadores bajo el combativo lema de "ocupar, resistir, producir". Y todo ello en los inicios del presente siglo del tercer milenio, en una economía de mercado de un país capitalista de desarrollo intermedio y de enorme potencialidad que volvió en pleno siglo XXI (¡parece increíble!) a la economía de trueque mercantil, a los bonos de intercambio de servicios domésticos, a la creación ficticia de moneda de ámbito provincial... No nos estamos refiriendo a una república centroafricana o ex-soviética, sino a Argentina, país con nombre de metal precioso que presentaba, en 2002 índices alarmantes de pobreza, desnutrición infantil y de desigualdad en todos los órdenes.

Tras embarcar en su avión, funcionarios del ministerio comentan *off the record* a periodistas bonaerenses que en la cartera de Lavagna no existía propuesta alguna que cumpliera algunos de los requisitos que el FMI impuso para implementar un programa de ayuda ante el abismo al que se dirige el país. "Entonces, che, para qué viaja el ministro", pregunta ingenuamente un meritorio del diario *Clarín* antes de concluir: "Este país se va la *marchanta*". En las largas horas de vuelo, una escala en Miami y reconfortado con las comodidades de la clase ejecutiva, el ministro se relaja con tres dedos de escocés doble malta. Después de la cena, se dispuso a ver tres filmes argentinos, pendientes en su cinemateca personal desde meses atrás y que no sólo fueron un salto adelante de la cinematografía nacional sino, también, en América Latina. En efecto, *El hijo de la novia* (Juan José Campanella, 2000), *Plata quemada* (Marcelo Piñeyro, 2000) y *Nueve reinas* (Fabián Bielinski, 2000), forman los arietes del golpe de mano mundial del cine argentino ya anticipado en *Mundo grúa* (Pablo Trapero, 1999). Lavagna, cuando terminó el visionado de las tres películas en su portátil (a las que debemos añadir una botella de Cabernet, canapés de *foi* y salmón, rollo de carne asada y helado de café...) comprendió que el cine argentino era de los escasísimos sectores en que la crisis despertó una creatividad inimaginable desde los tiempos de Torre Nilsson.

En los inicios del gobierno socialista de Felipe González, la escritora y cónyuge de Leopoldo Torre Nilsson, Beatriz Guido, recién nombrada agregada cultural de la embajada argentina en Madrid nos contó a una serie de amigos, en una recepción en el palacete del consulado general en la calle Fernando el Santo, algunas confidencias sobre *Babsy* (apodo familiar del director argentino fallecido en 1978). Fue en un vino español de confraternización que, en sede diplomática, se convierte en intercambio de rumores

políticos y chismes sentimentales. Aunque lo más importante de aquella tarde fue mantener una larga conversación con Eduardo Galeano que pasó desaparecido en el consulado al confirmar su asistencia como Eduardo Hugues. Recién llegado a Madrid, Galeano se pasaba días enteros en la Biblioteca América del entonces ICI, tomaba notas con letra diminuta en fichas que rebosaban de su cartera y que constituirían el núcleo de investigación de la trilogía de *Memoria del fuego*. Posteriormente, coincidí con Eduardo en Madrid durante un par de meses, mientras estuve realizando en el ICI una maestría de la CEPAL sobre desarrollo económico y, también, recopilando documentación para mi tesis doctoral.

En la recepción, Galeano describió los duros meses que vivió en Buenos Aires como director de la revista *Crisis*, siempre mirando a su espalda por si le seguían. Un policía bonaerense le había filtrado que Arquímedes Pucci, miembro del Batallón 601 anticomunista que colaboraba en la Operación Cóndor, había manifestado su interés en secuestrar a Eduardo con el ineluctable final predestinado en la ola de secuestros de la época. Galeano nos confesó que no sabía qué grado de responsabilidad tuvo el "Clan Pucci" en el secuestro de Haroldo Conti en mayo de 1976. La desaparición de Conti, escritor, colaborador de *Crisis* y co-ganador del Premio de las Américas en 1975 junto a Galeano, fue determinante para que el uruguayo decidiera exiliarse en Madrid. Con la segunda botella de Rioja, recordamos viejos tiempos de los años 60 en Montevideo cuando yo, un adolescente meritorio, era el encargado de cargar el "combustible" de café, sandwiches y *grappa* a la redacción de la revista *Marcha*, en la calle Rincón a la altura del 600, de la que Galeano era redactor jefe. En la revista se concentró la generación de oro de las letras uruguayas. Yo, entonces, no lo sabía: los mayores eran tratados con el "don" Julio (Castro), Carlos (Real de Azúa) o Hugo (Alfaro)... Los más jóvenes, por su nombre: Eduardo (Galeano), María Esther (Gilio) o Ángel (Rama)... De estos dos tratamientos se escapaba un caso especial al que siempre se referían, unos y otros, como "el maestro Onetti", aunque ya no pertenecía a la redacción desde inicios de los años cuarenta.

En la recepción del consulado se había formado, poco a poco, un corro que escuchaba atento las vivencias y anécdotas de Eduardo, animado por la nostalgia y el vino. Por diferencias con el director de *Marcha*, Carlos Quijano, éste despidió a Juan Carlos Onetti hartado de las resacas y de las escandalosas broncas que el escritor mantenía, en la misma redacción, con la celosa Idea Vilariño, poeta y estudiante de magisterio diez años más joven que Onetti. El escritor abandonó la revista aunque mantuvo una cordial relación posterior como miembro del jurado del premio literario que auspició *Marcha* durante años. Le conté a Eduardo un encuentro con Carlos Quijano, en México DF, en 1982. Don Carlos animaba en aquellos meses la distribución de los *Cuadernos de Marcha* en la capital mexicana. Nos citamos en la Casa Azul de Frida Khalo y Diego Rivera y caminamos lentamente hasta la residencia de Trosky. Carlos Quijano mantenía una lúcida memoria del "tiempo de cerezas" del Montevideo de los años 40 del siglo pasado y, paseando con calma por las calles luminosas de Coyoacán, nos contó una anécdota sabrosa que Galeano desconocía pero muy acorde con la fama de mala uva de Juan Carlos Onetti en su relación con Idea Vilariño. El tormentoso amor duró hasta el fallecimiento de Idea en 2009. Hasta esa fecha, Idea siguió escribiendo bellísimos poemas de desamor dedicados a un Onetti perdido en la niebla de la memoria.

Ya no será
ya no
no viviremos juntos
no criaré a tu hijo
no cosaré tu ropa

no te tendré de noche
no te besaré al irme
nunca sabrás quién fui
por qué me amaron otros.

No llegaré a saber
por qué ni cómo nunca
ni si era de verdad
lo que dijiste que era
ni quién fuiste
ni qué fui para ti
ni cómo hubiera sido
vivir juntos
querernos
esperarnos
estar.

Ya no soy más que yo
para siempre y tú
ya

no serás para mí
más que tú. Ya no estás
en un día futuro
no sabré dónde vives
con quién
ni si te acuerdas.

No me abrazarás nunca
como esa noche
nunca.

No volverá a tocarte.
No te veré morir.

Sin embargo, Idea seguía reiterando en cada entrevista -para disgusto de Onetti allí donde estuviera- que nunca debió enamorarse de un señor mayor, casado, feo y con ojos de sapo, que vestía, día tras día, el mismo traje y sombrero como si perteneciera a una banda mafiosa de Chicago. Una tarde, según relato de Quijano, Idea (que aún no debería contar tan siquiera 20 años) se acercó como una pantera a la redacción de *Marcha*, preguntando por Juan Carlos, el "bichicome de la casa". La joven amante estaba furiosa, contaba Quijano, porque se había enterado que Onetti tenía una nueva novia oficial después de los dos divorcios anteriores. La esmerada y fina educación de Idea no fue óbice para que "su lengua viperina salpicara vitriolo en las solapas de Juan". El dominio léxico de los términos más ultrajantes pasaba a velocidad de vértigo del español al francés o al lunfardo. "Juan escuchaba con paciencia hasta que Idea se desmoronó en sollozos", recordó Quijano. Onetti, reforzado por el gimoteo y la presencia expectante de los compañeros de redacción, le espetó con un punto de deliberado histrionismo: "¡Maldita hija de anarquista, qué bien te conocía tu padre que bautizó a tus hermanos con el corazón mientras que a ti, bruja, lo hizo Voltaire!". Onetti se refería a los nombres poéticos de los hermanos de la poetisa (Numen -inspiración-, Poema, Azul -homenaje a Rubén- y Alma). Idea se fue desconsolada dando un portazo pero volvió con una sonrisa sarcástica semanas después, en el día de Difuntos, para entregar al portero del edificio de San José un ramo de flores amarillas envuelto en celofán, con una cinta en letras doradas que decía "R.I.P. el aspirante a escritor Juan Onetti que no conocerá el Parnaso. Fdo. Émile, amante de Voltaire".

Volvamos a las reflexiones de Lavagna sobre Torre Nilsson y el nuevo cine argentino. El ministro se dispuso a ver los filmes estrenados el año anterior con rotundo éxito, incluso

más allá de las fronteras argentinas. "Parece que es lo único que funciona bien en nuestro país", le comenta a su secretario. "Paciencia, señor ministro, todo se va a arreglar". Sin embargo, horas después y tras ver las películas, Lavagna cae en un hondo desaliento. Tres directores cinematográficos de aproximadamente 40 años han conseguido con sus respectivas obras desentrañar el monstruo, diseccionar sus órganos y conocer su funcionalidad. En el *Hijo de la novia*, Campanella hace un magnífico ejercicio metafórico sobre el olvido como palanca social que cohesiona a roles que, diversos y contradictorios, necesitan llenar el vacío que produce la falta de memoria inmediata en una tragicomedia costumbrista, amable... en la que se ponen en cuestión los múltiples motivos que mueven los hilos de personajes que buscan su redención individualizada en la repetición de la historia simulada pero sin hacer un proceso general al pasado anterior. El mismo Campanella dirigió, en 2009, *El secreto de sus ojos*, película que no aborda el olvido individual, como anomalía, sino la memoria colectiva como categoría histórica por dilucidar.

Plata quemada, basado en una novela de Roberto Piglia, describe hechos ocurridos a mediados de los años 60, en Buenos Aires y Montevideo, que no dejan de ser más que un paradigma de la fluidez financiera entre ambas capitales unidas por el vapor de la carrera. Durante más de un siglo, el vapor nocturno unía a argentinos y uruguayos más que Gardel o Francescoli: allí se fraguaron amores prohibidos, adulterios exquisitos, fortunas y suicidios en el casino, fuga de capitales en maletas de cartón... Las cenas de su restaurante se especializaron en la popular "milanesa con papas" y frascas de vino de damajuana. En uno de esos barcos quizás cruzaron a Montevideo algunos de los miembros de la banda que asaltó un banco bonaerense. Dorda, Brignone y Merele intentaron pasar desapercibidos en diversos apartamentos de la capital hasta que fueron descubiertos en Arenales y cercados durante 15 horas.

Uruguay nunca fue un país sorprendente (y sorprendido) con este tipo de sucesos. En 1965, los primeros atracos de los tupamaros en el Tiro Suizo o en el Casino de San Rafael iban seguidos del reparto del botín en barrios pobres de la periferia montevideana. Las aventuras de los robos con escala del Sático de Pocitos o de Varelita, eran relatadas por "Al rojo vivo" con profusos detalles sobre los alardes sexuales de los asaltantes de joyas que preferían las víctimas femeninas solteras, viudas o divorciadas y que, además, vivieran solas. Durante años, los transeúntes de Pocitos se fijaban con curiosidad cuáles eran las ventanas que se abrían sospechosamente a medianoche. También en 1965, los montevidianos comentaban el atraco a la Caja Obrera dos años antes por tres ladrones disfrazados de monjas. Como robo no resuelto, desató popularmente unas sospechas generalizadas sobre cualquier ciudadano que invirtiera cierto capital de forma imprevista en un negocio, o comprara autos de lujo, o, simplemente, que desapareciera de los lugares habituales.

Sí, Montevideo ya estaba acostumbrado a la crónica negra del delito económico por lo que el cerco a un apartamento sospechoso y al consiguiente balaceo ya estaba descontado en la capacidad de sorpresa. Pero en este caso, y como refleja la película, los asaltantes sitiados depositaron el botín sobre la alfombra del salón del apartamento para, al sentirse perdidos, prender fuego a fajos de billetes de 1000 pesos (7 millones de pesos, en total) y tirarlos por la ventana. Un sistema drástico de esterilización monetaria. Algunos testigos declararían que quedaron fascinados por el vuelo de billetes encendidos como si fueran mariposas incandescentes.

No obstante, pensó Lavagna, *Nueve reinas* de Fabian Bielinsky es el filme que le produjo más pesar porque suponía que una obra de ficción que relata una estafa con final moralizante es una aproximación a la metástasis de la economía argentina con una potencialidad expresiva que no podía ser superada por el más completo estudio técnico

del mejor equipo de economistas. En el elenco, cada personaje cumple el rol de agentes sociales y económicos. Existen pactos e incumplimientos en la trama, fraudes e imposturas, sellos de reinas de Weimar (¡la república inflacionaria!) sin correlato productivo y que se cotizan en el casino del capitalismo periférico. Un filme de charlatanes y pícaros sobre conductas mezquinas. Pero, al final, el equilibrio se vuelve a reestablecer. El operador avaricioso queda atrapado en la misma red que teje para una estafa urdida con el talento de los más soberbios que, al final, son los primeros que quedan al descubierto y se les somete a una justicia ejemplar. El público asume la lección moralizante pero no se cuestiona que, tras el desenlace, la vida sigue su curso al igual que el *status quo* dominante. El ministro Lavagna, cuando finaliza el filme, duda si su rol, en vísperas de someterse al tercer grado del Fondo Monetario Internacional, es el de Marcos (Roberto Darin) o el de Juan (Gastón Pauls).

En el tramo final del trayecto aéreo, el ministro despacha con sus asesores sobre qué puede ofrecer a los interlocutores del FMI, descartada la viabilidad del desarmar totalmente el "corralito financiero" que mantiene cautivo y desarmado -quizás también *fugado*- a una parte de capital interno de pequeños y medianos ahorradores y pensionistas. Tras la normalización democrática (a pesar de algunos pintorescos y graves avatares) la recesión económica se adueñó de un país en "crisis crónica". Y desde la última vuelta de tuerca, ha pasado más de un decenio de cicatrización de profundas heridas político-económicas. Comprobamos que la cauterización es lenta y en dicha lentitud está la semilla de la injusticia (ajustando cuentas con el pasado) y de la insatisfacción (ajustando cuentas con el presente). En estas coordenadas, anticipar la evolución económica de Argentina y de su vertebración regional es un ejercicio arriesgado de prognosis por cuanto están presentes variables de diversa naturaleza cuyo procesamiento requiere un especial talento (para)psicológico.

Ahora, con la inspiración más kafkiana de Julio Cortázar (que era capaz de describir en un cuento cómo un motorista atropelló a un guerrero azteca que sufrió un inexplicable salto en el tiempo de cinco siglos), ustedes deben imaginar que las turbulencias aéreas del paso del ecuador incitan al ministro Lavagna, con un segundo escocés, a releer editoriales de la prensa bonaerense en los que se descifraban los motivos de la salida de Mario Blejer de la presidencia del Banco Central. Blejer se queja amargamente de las constantes intromisiones y violaciones a la independencia del banco emisor por parte del Ministerio de Economía. Un cruel columnista insiste en las servidumbres de Mario Blejer, veterano funcionario del FMI con más de 20 años de servicio (¿al enemigo?) mientras que los lectores son, en su mayoría, admiradores de la obra y trayectoria de Raúl Prebisch o de Aldo Ferrer. El cruel columnista advierte con insistencia sobre el lastre que representa para una economía productiva que la política monetaria esté domesticada y condicionada a los intereses de la institución que protege el ajuste neoliberal.

Es más, Juan Carlos Amigo, entonces director de una de las publicaciones argentinas más rigurosas, *Realidad Económica*, haciendo honor a su apellido nos confesaba decepcionado, en 1996 y en un seminario organizado en la Universidad de Santiago de Compostela: "Argentina ya está en saldo final: Menem está poniendo lo mejor del sector público en almoneda y el Fondo ha cedido los subastadores...". Incluso, Beatriz Sarlo en entrevista concedida a *La Nación*, 26 de mayo 2002, declara: "Antes, ser argentino significaba: acceso a la escuela pública que garantizaba la alfabetización, tener un mercado de trabajo que era casi un mercado de pleno empleo y gozar de derechos sociales. Esas tres cosas quebraron y pulverizaron nuestra identidad. La identidad de hoy hace que uno diga: ya no soy el que fui, ni seré el que fueron otros".

No sorprende, por tanto, que los argentinos -cuando el ministro aterriza en Washington y el presidente Duhalde nombra a Aldo Pignanelli nuevo responsable del Banco Central-

asistan impotentes e indignados a la escena de la representación correspondiente a un lejano pero no menos significativo martes 25 de junio de 2002. En ese día, la cotización del peso respecto al dólar es de 4 a 1, cuando seis meses atrás era de 1 a 1, pero la Bolsa en Buenos Aires cierra con una ganancia del 7 por ciento debido al impulso de inversionistas que temen (¡!) una mayor depreciación del peso. Al mismo tiempo, Uruguay anuncia que deja flotar libremente su moneda para adaptarse a la incertidumbre de la profunda crisis argentina y Brasil incrementa su riesgo-país en 15 puntos para colocar la confianza en su economía por debajo de Nigeria. MERCOSUR tiembla y el portavoz del FMI, Thomas Dawson, declara que no existe motivo alguno (¡!) para suponer que la crisis económica argentina pueda contagiar a los socios regionales. Desde entonces, MERCOSUR entró en un período de esclerosis múltiple (productiva, comercial, financiera) que aún no ha superado.

La secuencia de las escenas descritas es desquiciante y engendra una insatisfacción insoportable, especialmente en una sociedad tan proclive al psicoanálisis. Una tensión, con frecuencia, al borde de la derrota y del vacío. Como en la tragedia de Eurípides que el poeta Juan Gelman cita en "Salarios del impío", en ocasiones, la sociedad argentina desempeña el papel de un desconcertado Hipólito que escucha la voz grave de Teseo cuando le anuncia: "...no, no morirás de golpe; la muerte rápida es inmerecido castigo para el impío..."

IV

"...hacerse una foto con el diablo es peligroso" (*Déjà vécu*, 3 septiembre 2018)

A finales de agosto de 2018, Argentina atraviesa la recurrente crisis económica y social. Aunque la capacidad de sorpresa de la ciudadanía argentina es ilimitada, en esta ocasión parece que el país vive en un peculiar bucle en el que se repite la experiencia colectiva de 2001 y 2002. ¿Está Argentina atrapada en una trampa del destino? ¿Está condenada a padecer el *déjà vu* como una fiebre periódica? ¿Qué es lo que impide aprender las lecciones de la Historia?

La situación económica argentina, en el primer semestre de 2018, era -en palabras de un viejo colega de la UBA- una "tormenta perfecta" de borrascas superpuestas y vientos huracanados. Los crónicos déficits fiscal y exterior volvieron a atenuar la garganta de la economía argentina que, por ejemplo, debe dedicar más del 15 por ciento del presupuesto a satisfacer los intereses de la deuda externa, representando casi el doble del gasto público total destinado a educación. De enero a agosto de 2018, el peso se depreció respecto al dólar un 100 por ciento. El tipo de interés de referencia se disparó hasta un 60 por ciento y, con la misma velocidad, se desplomaron los salarios reales, engordaron los intereses de la deuda y se intensificó la fuga de capitales.

Ante la tormenta, la tripulación del gobierno de Macri se conjura para dirigir el rumbo del país hacia el siguiente *déjà vu*. Una de las primeras medidas de Dujovne al ser nombrado ministro de Hacienda fue iniciar el ciclo de "lo ya experimentado" anulando una de las últimas regulaciones a los movimientos especulativos de capitales establecidas

por el ministro Lavagna: la permanencia obligatoria por dos meses de los capitales extranjeros invertidos en cartera para evitar la volatilidad de los capitales "golondrina". La eliminación de esta restricción legal implicó que, en los dos primeros meses de 2017, se fugaran 4.000 millones de dólares, la mayor huida de capitales desde 2003 (como informaba el omnipresente *Ámbito Financiero*, 23/3/2017). En 2018, el ahora superministro de Hacienda diagnostica la crítica situación argentina con un relativo consenso entre los analistas. Una economía con fuertes debilidades estructurales en la que conviven un sistema tributario raquítico, la inflación desbocada, una depreciación brutal de la moneda y la elevación explosiva del tipo de interés. Por supuesto que, en cascada, se produjo un aumento de costes de la deuda y la sangría de las reservas internacionales para detener la devaluación fáctica del peso. El entonces presidente del Banco Central argentino, Luis Caputo, defendió la intervención en la banda cambiaria en unos días en que se estaba gestando un acuerdo de rescate con el FMI. Como Mario Blejer en la crisis de 2002, Caputo se ve forzado a dimitir para reforzar la posición de Dujovne (al igual que sucediera con Lavagna).

Parece que se vuelve a repetir el guión. El FMI recomienda inyectar dólares frescos en el circuito monetario para garantizar el pago de intereses y principal del endeudamiento externo y no para otros fines sociales (educación, salud...) que agravaría el déficit fiscal. Esa inyección requería un compromiso político-económico de ajuste con el 'déficit cero' como meta. La agenda de requisitos es suficientemente conocida: recorte drástico de gastos sociales, privatización del sector público más atractivo para la inversión foránea, reforma tributaria con rebaja de la progresividad, congelación de costes salariales y condiciones favorables, legales y tributarias, para el ingreso y remisión de ganancias de las inversiones extranjeras. No existen novedades respecto a la tradicional condicionalidad del ajuste del FMI. Pero, como en 2001-2002, la receta no es neutral sino que, más bien, fortalece la posición de ventaja o derrota de los agentes económicos. Mientras que los ganadores de la política económica recomendada son, en síntesis, los inversores especulativos (bancos, empresas transnacionales, fondos 'buitre'...); grandes exportadores (con la devaluación, mejoran en pesos sus ingresos en dólares); y las grandes corporaciones (por la devaluación salarial). Como quince años antes, los perdedores son los mismos: los trabajadores afectados por la pérdida de capacidad adquisitiva de los salarios y la caída del empleo público; asalariados y pensionistas por el zarpazo de la inflación; y todos por la agresiva desinversión pública en educación, sanidad, protección social...

Si el gobierno de Macri suscribe los compromisos político-económicos señalados, el FMI aprobaría un crédito de 57.000 millones de dólares, aproximadamente el 10 por ciento del producto global argentino, que blindaría financieramente el ajuste. Nombrado Guido Sandleris como nuevo presidente del Banco Central, el presidente Macri intenta acelerar la negociación con el FMI ante la reunión del G-20 en Argentina, en diciembre de 2018. De alguna forma, Macri y Lagarde, directora del Fondo, habían escenificado el acuerdo previo (programa monetario a largo plazo con una importante reducción de la intervención del BCRA en el mercado cambiario) con el saludo que se brindaron, en junio, en la reunión del G-7 en Canadá. Macri esbozó una sonrisa forzada para disimular el desagrado del momento. Lagarde, más que estrechar la mano de su interlocutor, acostumbra a doblarle la muñeca con fuerza como corresponde a una ex-nadadora olímpica que aún conserva la forma.

Para cerrar definitivamente el acuerdo, Dujovne viaja a Washington como lo hiciera Lavagna en 2002. Mientras que éste no tenía un plan tangible que transmitir, Dujovne lleva en su cartera un plan de ajustes fiscales y presupuestarios encadenados para alcanzar el "déficit mínimo" en 2019 y el "déficit cero" en el año siguiente. El directorio del FMI

debería quedar satisfecho ante la propuesta y, además, el gobierno aprobaría la apertura de una oficina de control del Fondo en las mismas instalaciones del Banco Central de la República, que estará a cargo de Trevor Alleyne, funcionario de origen jamaicano. Esta presencia es, sin duda, la muestra más visible de la intervención del FMI en la economía argentina que repite la misma servidumbre que en 2001, aunque aquella oficina fue cerrada por el gobierno de Kirchner.

El ministro argentino, acomodado en su asiento -también *first first class*- se concentra, primero, en sus documentos y, después, en un manual de criptomonedas. Por momentos, Dujovne confirma que la moneda argentina (del austral al peso) no son monedas virtuales como el 'bitcoin' pero sí la divisa de un país que se mueve en una realidad virtual atrapado en un continuo "día de la marmota". Cansado, conecta los auriculares para escuchar adormecido las dos entregas de "Club secreto", las últimas grabaciones de *Gotan Project*. En su ensoñación, Dujovne se inquieta con la figura ejecutiva de Lagarde, el estirado palo francés que sus colaboradores apelaban cariñosamente (?) "el zorro blanco del último piso". Su pelo canoso (por la edad y el tinte) contrasta con un insultante bronceado que siempre se advierte de yate y no de lámpara ultravioleta. Dujovne, agotado por la presión, se quedó dormido con estos pensamientos. No podemos entrar en sus sueños del ministro pero, quizás, intentó bucear en algunos rasgos biográficos de los últimos y máximos gerentes del FMI, una institución que reparte, a los países peticionarios de crédito, credenciales de buen comportamiento político-económico.

En efecto, el FMI, al igual que los funcionarios policiales, emite certificados de gestión correcta de los gobiernos que solicitan oxígeno financiero para superar, en una primera etapa, problemas de balanza de pagos y, actualmente, déficits económicos estructurales. En este sentido, la institución asumió el discurso neoliberal del monetarismo a corto plazo para convertirse, posteriormente, en guardián de los arcanos re-estructuradores de la globalización y del ajuste a medio y largo plazo. El Fondo fue sustituyendo paulatinamente su rol de enfermero económico del sistema a máximo hechicero del mismo. Este ambicioso papel desempeñado por el FMI en el apoyo condicionado y la auditoria de gestión requiere, lógicamente, una dirección financiera responsable, solvente profesionalmente y de una intachable ética en asuntos en los que está en cuestión no es la trayectoria individual de tal o cual funcionario sino el bienestar social y la democracia en los países integrantes del FMI.

Supongamos que el ministro Dujovne, en un ciclo cercano a la pesadilla, se somete a una regresión onírica para identificar en el sueño a los últimos directores del FMI que tanta relación tuvieron con Argentina. Durante su mandato, Michel Camdessus (1987-2000) conoció tres presidentes argentinos (Alfonsín, Menem y De la Rúa). Con el primero firmó dos acuerdos *stand-by* y de compensación, siendo Sourouille y Machinea, respectivamente, ministro del área económica y máximo responsable del BC de la República. Con el presidente Menem, el FMI firmó 5 acuerdos desde 1989 a 1998, siendo los contrapartes argentinos las duplas Rapanelli-González Fraga, Cavallo-Roque Fernández (2), Cavallo-Pou, y Roque Fernández-Pou. En el mandato de De la Rúa, fueron 2 los acuerdos suscritos por Cavallo-Maccarone y Machinea.

Durante la dirección de Camdessus, las condiciones leoninas del ajuste en Argentina fue contestada airadamente por los sectores sociales afectados. Mientras que los gobiernos adoptaban medidas represivas para amotiguar la movilización popular, los trabajadores tragan el coste social del ajuste y el desmantelamiento del sector público. La prepotencia financiera del FMI superpuesta a la crisis de la deuda externa en América Latina y, en concreto, en Argentina se nutrió de la sangría de excedente de sociedades exhaustas (con élites que se refuerzan con la desigualdad) y produjo la anemia crónica en una economía vampirizada por acreedores transnacionales.

No obstante, el FMI contó con la crédula pasividad de las autoridades locales. El presidente De la Rúa, en su discurso televisado en vísperas de la Navidad del 2000, se muestra eufórico: "Queridos argentinos, los esfuerzos en este año dieron su fruto. he anunciado un blindaje internacional (con el FMI) que nos saca del riesgo y crea una plataforma extraordinaria para el crecimiento" (!!!). El mismo De la Rúa, en 2014, admitió que el blindaje de 2001 fue un fracaso, un auténtico golpe de estado del Fondo y de los que se consideraban depositarios del patriotismo argentino. Todos se abstuvieron de denunciar la servidumbre que representaba aceptar resignadamente la tutela del FMI que tanto hizo sufrir a los argentinos y torturar al gobierno de la nación. Si bien es cierto que el blindaje fue maniobra del Fondo, no podía realizarse sin el apoyo tácito de los conspiradores internos: justicialistas de Buenos Aires, algún sector radical y las grandes corporaciones que "licuaron" su deuda con la devaluación.

Cuando Camdessus se jubila, en 2000, realiza una serie de hipócritas declaraciones en contra del liberalismo anárquico, la forma en cómo gestionó el FMI el "corralito" e, incluso, declaró que no sentía orgulloso de "los hombres de negro" del FMI que vigilaban el estricto cumplimiento de la condicionalidad. Al poco tiempo de su jubilación, Camdessus ingresa en la Pontificia Academia de Ciencias Sociales, como recompensa institucional por su asesoría en algunos documentos y encíclicas de carácter económico-social de Juan Pablo II. Ser académico en el Vaticano era una golosina que no podía rechazar así como el formar parte de un organismo de prestigiosos miembros de la política o la banca (el expresidente colombiano Betancur, o Tietmeyer y Sánchez Asiaín, ex presidentes del Bundesbank y el BBV), de la economía académica convencional (E. Malinvaud, K. Arrow, P. Dasgupta...) Incluso forma parte de la academia J. Stiglitz, cuyo pragmatismo y relajo ideológico debería sorprender a quienes le etiquetan como un economista crítico y heterodoxo ante el funcionamiento del sistema capitalista contemporáneo. En 1994, ingresa en la academia el economista argentino Juan José Llach, mientras desempeñaba un cargo destacado en la Secretaría de Política Económica del gobierno Menem. Posteriormente, Juan José Llach ocupará el ministerio de Educación en el gabinete de De la Rúa.

En sus tiempos de economista del Banco de Galicia y de consultor del Banco Mundial, Dujovne ya había oído hablar de Rodrigo Rato que asumió la dirección del FMI de 2004 a 2007. Aunque su etapa fue, esencialmente, mediocre, su nombre volvió a saltar a los titulares de las páginas salmón de los diarios en 2015, acusado de fraude, alzamiento de bienes y blanqueo de capitales. En 2017, el ex ministro español y ex director del Fondo fue condenado a 4 años y medio por un delito continuado de apropiación indebida en el caso de "las tarjetas black" de Bankia. Posteriormente, entra en prisión por esta condena y está a la espera de otros sumarios abiertos por este tipo de delitos económicos.

Adormilado en su cómodo asiento de primera, el superministro económico del gobierno de Macri esboza, en este momento, una sonrisa. ¿Será que la música de *Gotan Project* le proyecta hacia otro lugar paradisíaco con una atractiva acompañante? No, en absoluto. Es que ocupa sus pensamientos la figura oronda y sin escrúpulos del sátiro Dominique Strauss-Kahn, quien ocupa el sillón de Rodrigo Rato. DSK se instala en el FMI con antecedentes pues, durante su período de ministro de Economía en el gobierno de Jospin, estuvo implicado en casos de corrupción relacionados con filiales de ELF, tanto por financiación ilegal de partidos políticos como en la Mutualidad Nacional francesa. Acusado de agresión sexual, renunció a su cargo en 2011 y, de vuelta en Francia en el año siguiente, fue detenido por desvío de fondos y proxenetismo. Como los dos anteriores, que ya han pasado por esa maestría acelerada que se imparte en las cárceles, Christine Lagarde fue ministra de Comercio Exterior, de Agricultura y Pesca, y de Economía en Francia, de 2005-2011. En sus cargos ministeriales, fue investigada por abuso de poder y

arbitraje fraudulento en el caso Tapie. En suma, la nómina de los directores-gerentes tienen una trayectoria escasamente ejemplar. ¿Cómo es posible -se preguntaría Dujovne cuando aterriza en Washington- que tales guardianes vigilen el almacén de centeno...?

Mientras se desplaza la sede del FMI, en la avenida 19 con Pensilvania, con una breve parada en el hotel, Dujovne piensa en su futuro personal. ¿Cómo le tratará la Historia? Percibe que el *déjà vu* lo va a engullir. Lleva casi dos años en el ministerio y Macri ha depositado gran confianza en un ministro reforzado en sus atribuciones. Está en el centro del foco mediático, para bien y para mal. Pero aún no se repuso de las medidas desregulatoria de inicios de 2017 con la desbandada de capitales "golondrina". Los resultados económicos de 2017 (aumento del endeudamiento capitalizado, del déficit fiscal y de la inflación) no contribuyen al optimismo del político en boga. Además, sus rivales no descansan en la investigación de "cositas" del pasado. Algunos se preguntan sobre la incompatibilidad entre su asesoría simultánea en el Senado y en el programa televisivo "Odisea Argentina". Otros se sorprenden que, en la declaración de bienes ante la Oficina Anticorrupción, Dujovne haya confirmado que de un total de 97 millones de pesos, 74 estaban residenciados en el exterior, destacando una empresa con sede en el paraíso fiscal de Delaware que ha salido citada en los "papeles de Panamá", como parte de la cartera gestionada por el investigado bufete Fonseca. Sorprende que el ministro de Economía argentina dude de la seguridad en mantener su capital en suelo patrio. Pero, como todos los jóvenes políticos enganchados en las redes sociales, Dujovne se pierde por la boca. Sus comentarios en Twitter pesan como una losa sobre el buen nombre del ministro. ¿Será absuelto en el juicio histórico?, se pregunta mientras entra en el edificio administrativo del FMI.

De repente, sentado en los mullidos sillones de cuero de la antesala del gabinete de la directora Lagarde observa al fotógrafo oficial que sacará las fotos que serán distribuidas en la prensa argentina e internacional. En una cruel ráfaga de la memoria, recuerda cómo, siendo funcionario de la Secretaría de Hacienda, fue testigo de uno de los encuentros entre el presidente Menem y Michel Camdessus. Se notaba que Menem estaba incómodo junto al director del FMI para la sesión de fotos institucionales. Camdessus, en un magnífico español con acento francés, intenta relajar la situación con una ironía que puso pálido a Menem: "Presidente, tranquilo... aunque hacerse una foto con el diablo es peligroso...".